

DEL PESIMISMO SOCIOLOGICO Y DE SU POSIBLE DISOLUCION

Romeo Grompone

Agradezco a Guillermo Rochabrún y a la Universidad Católica que me hayan dado la oportunidad de comentar este libro que me sitúa de golpe ante viejas lecturas y nuevos desafíos. El autor somete a examen a algunos de los pensadores “clásicos”. La experiencia ante este texto para los sociólogos de mi generación es la de un enfrentamiento en dos planos y debemos aprestar fuerzas para dar la batalla cuando los reflejos no son los mismos que en nuestros años de formación.

La primera línea de ataque es la que nos plantea el encuentro con una interpretación informada, lúcida y exigente. Nuestra mirada no puede ser la misma de antes, tanto en el enfoque de los problemas considerados como en el descubrimiento de algunas conclusiones y pistas que debiéramos haber visto y que ignoramos o no fuimos capaces de seguir, ya fuese por falta de imaginación, de audacia o de persistencia. A esta comprobación le siguen preguntas más triviales: ¿qué tanto sabíamos de lo que dimos por conocido?, ¿hasta qué punto nuestras certezas nos hicieron vivir de las rentas adquiridas muchos años atrás, ahorrándonos confirmar ideas, revisar, desechar, innovar?.

Sólo existen textos “sagrados” en la Sociología porque en la búsqueda torpe de lo escrito en los últimos años sobre un tema perdimos lo primero que debe esperarse de un intelectual: el arte de leer muchas veces lo mismo, sabiendo que las problemas de la sociedad o la capacidad de formular conexiones con otros aportes teóricos van a introducir cambios en nuestra

perspectiva y es bueno que esto ocurra aunque obligue a desandar lo recorrido. Rochabrún entra en diálogo con Durkheim, Parsons, Marx, Freud, Hayek, lo que por cierto no es mala compañía. (Advierto que alguien puede formular la más devastadora de las críticas porque su vacuidad la hace irrefutable). No se trata de un libro actualizado, para quienes entienden que la tarea del investigador es viajar de texto en texto, de autor en autor, en una agradable travesía turística que permite tomar prestadas preguntas ajenas y exime de la tarea de pensar con rigurosidad.

El segundo asedio del texto a comentar se vincula a los argumentos del propio autor, quien —como es legítimo hacerlo— incurre en una lectura necesariamente intencionada de diversas tradiciones teóricas para proponer sus conclusiones e intentar persuadirnos. Llega el momento entonces de aceptar o de discutir.

En un texto complejo —donde sólo después de una primera revisión atenta comprendemos cómo se van encadenando las ideas— conviene al comentarista un comienzo sencillo para no extraviarse. Empecemos por el título “Socialidad e individualidad”. Con ello el autor, aunque no se detiene en explicarlo con detalle, intenta escapar de dos peligros. El primero consiste en suponer que el conocimiento de la sociedad determina el grado de las previsiones razonables sobre el comportamiento de los individuos, por lo menos en su interacción con otros. El segundo es dar por entendido, antes de desarrollar sus argumentos, que los actores son los creadores conscientes o inconscientes de un orden social, dejando en suspenso o de lado la pregunta sobre márgenes de libertad y restricciones en relación a este orden. Quizás no valía la pena tantas precauciones, aconsejadas como dice Rochabrún, por colegas y amigos temerosos de que “cosificara” conceptos. Los prudentes a veces se equivocan; el tema seguirá siendo individuo y sociedad y el autor deberá probar en el tratamiento del tema que ha superado los riesgos mencionados.

La respuesta a los problemas que pone en discusión este libro se encuentran en el capítulo octavo. Por estar haciendo un simple comentario voy a permitirme tomar la pértiga y saltar hasta este punto. Rochabrún plantea como el principio que define su perspectiva sociológica el concepto de “individuo social”, cuyos elementos constitutivos son las relaciones sociales y la creación cultural; ambos le confieren una dimensión social intrínseca. No se trata de justificar la Sociología priorizando esta dimensión sociocultural sobre la psicobiológica; a aquella “le es suficiente mostrar que su campo no puede

ser explicado desde la otra instancia, como lo revela el que la diversidad de las sociedades no guarde relación alguna con la homogeneidad biopsíquica de la especie humana” (pág. 145).

## CONSTRUYENDO EL PESIMISMO SOCIOLOGICO

A partir de esta relación de sentido realiza una minuciosa y en ocasiones implacable labor de desmontaje de diversas corrientes de interpretación. El libro suscita en el desprevenido lector la impresión de un extremo pesimismo teórico: la mayoría de los autores considerados postulan posiciones cerradas y excluyentes que prefiguran y orientan las acciones de los individuos, tanto en el caso de los autores que otorgan preeminencia a los hechos sociales como en quienes se inclinan al individualismo metodológico.

Dos alternativas pueden estar presentes cuando se ingresa a estas afirmaciones razonables y desesperanzadoras. La primera es que toda teoría social debe considerar inexorablemente un elemento de coerción que le es inherente; los individuos se encuentran en una “jaula de hierro” y las concepciones holistas no son fantasmas de la razón, pues la dimensión de conocimiento arrastra consigo la presencia de un poder consentido o impuesto.

La segunda alternativa permite otorgarse un respiro. Rochabrún se ha preocupado por seleccionar predominantemente aquellas interpretaciones que se caracterizan por una ambición omnicompreensiva —Parsons, Hayek, Durkheim, y de acuerdo a su criterio en menor medida Marx— lo que produce un desfase entre la lúcida crítica de algunos de los clásicos y la prescindencia de otras corrientes de interpretación que podrían ayudarlo a precisar mejor la perspectiva que defiende. El autor parece querer dar solo la batalla. Sin embargo, como trataremos de ver al final en este comentario, contaba con aliados que hubieran combatido en sus mismas filas y que hubiera valido tomar en cuenta.

En el análisis que hace de Durkheim demuestra la validez de la tentativa de este autor de defender el nivel específicamente sociológico en el estudio de los hechos sociales. La Sociología se distancia en sus presupuestos tanto de la Psicología como de las ciencias naturales, aunque en este último caso no fuera plenamente consciente de los alcances de este desprendimiento. Rochabrún ilustra la concepción dual que Durkheim tiene del individuo haciendo de éste a la vez “creatura de la sociedad” e “instancia independien-

diente de ella”; también, los pocos logros conseguidos por este autor en dilucidar la pertinencia de cada uno de estos niveles. El individuo una vez reivindicado se pierde, porque su autonomía resulta meramente pasiva. Condicionado por coerciones y normas no puede emprender acciones decisivas para cambiar la situación existente. De allí, acotamos nosotros, la tendencia de Durkheim a incurrir en soluciones que por llamarla de algún modo, denominaremos de ingeniería social.

Por ejemplo, su prédica a favor de las corporaciones como instancia para establecer una disciplina moral en sociedades complejas compuestas por “infinitos individuos desorganizados que un Estado hipertrofiado se esfuerza por abarcar y retener”, como comenta en el Prefacio de la segunda edición de *De la División del Trabajo Social* (Shapiro, Bs. As. 1971, pág. 28). Es cierto, Durkheim reivindica de este modo los grupos secundarios; sin embargo, no nos parece como a Rochabrún, que este orden fomente la cohesión social proporcionando al individuo una defensa frente al Estado (pág. 14).

Creemos identificar otra preocupación en Durkheim: resolver la articulación institucional cerrando el sistema, con el auxilio de pautas de vida común “atractivas” y “coercitivas” al mismo tiempo, para decirlo con sus palabras. No existe en Durkheim la concepción de una sociedad en la que los actores se organicen en una multiplicidad de referentes asociativos que auspicie la diversidad de las opciones; el autor no se plantea o no puede asociar liberalismo, individuo y pluralismo. Queda entonces por cuenta del sociólogo ser el intérprete riguroso o el peligroso legislador supremo que, recurriendo a nuevos estudios y nuevas fuerzas morales, ajuste el derecho a la realidad que considera deseable.

Este pesimismo teórico con que Rochabrún encara la Sociología lo encontramos otra vez en el funcionalismo. La explicación teleológica conduce, como el autor explica con mucha propiedad, a una división del trabajo comparable a una empresa en plena gestión donde funciones e instituciones organizan segmentadamente la vida de los individuos y la cubren en su totalidad (p. 23). La reproducción biológica y la socialización es tarea de la familia; de la transmisión de conocimientos se ocupa la educación; la supervivencia física compete a la economía; la defensa del territorio debe atribuírsele al ejército; las relaciones con el mundo sobrenatural incumbe a la religión, y así podemos seguir. En contraste con esta posición, Rochabrún demuestra que las orientaciones de la conducta coresponden a experiencias que se combinan y cruzan. En efecto, una teoría que quiera dar cuenta del

indesligable carácter social del individuo tiene que establecer niveles de separación entre acción normativamente orientada y vida cotidiana.

Sin embargo, el texto no se limita a quitar sustento al razonamiento de Parsons sobre este tema, sino que pasa a pedirle cuentas acerca de sus afirmaciones sobre “el problema hobbesiano del orden”, y la crítica se extiende también a Rousseau.

Para Rochabrún, tanto Hobbes como Rousseau sostienen una socialidad natural después de haberla negado. ¿Es cierta su afirmación? A Hobbes, me parece, le está exigiendo demasiado cuando en la agitada Inglaterra del siglo XVII a este pensador le preocupa fijar bases razonables para crear una sociedad estable con criterios plausibles de autoridad. Tres siglos después no podemos extremar las objeciones exigiéndole una precisión metodológica en el sentido fuerte del término. Hobbes no pensaba la historia fugando a un lejano pasado; es discutible siquiera que estuviera preocupado por la exactitud de cada una de sus afirmaciones “(Los hombres llevaban) una existencia pobre, desagradable, hostil y breve” en la sociedad que estaba viviendo y no en un remoto pasado anterior al establecimiento de los principios constitutivos de un orden social. Su propuesta fortalece el Estado y la dependencia entre soberano y súbdito. Sin embargo, como señala David Held, introduce elementos decisivos para la historia política posterior, como la idea del consentimiento de los pactos entre los integrantes del cuerpo social, la separación entre la esfera pública y la privada, y el rechazo a la pretensión de derecho divino de los reyes y de la autoridad de la tradición.

Las preocupaciones de Rousseau en *El Contrato Social* se centran en lo que en términos actuales llamaríamos legitimación de un orden político y, al igual que a Hobbes, le interesa explorar los nexos sociales que lo justificarían. Importa menos sustentar rigurosamente desde la historia o la teoría la transición desde el estado de naturaleza al estado civil. Pensado Rousseau desde las preocupaciones actuales sigue en debate los riesgos de la afirmación del pacto social a partir de una voluntad general sustentada en un principio ontológico de interés común: ella puede servir de fundamento para una actitud de desconfianza respecto a los particularismos, y constituirse como un razonamiento hostil ante las consecuencias inciertas de la deliberación democrática. Los acontecimientos recientes hacen cobrar una inesperada vigencia a su reflexión sobre los atributos de la soberanía: apoyada en el consentimiento, inalienable e indivisible, que considera las representaciones estables enajenadoras de las libertades ciudadanas.

Los cambios institucionales tanto en Europa del Este como Occidental cuestionan los principios de la mediación política en términos que colocan a Rousseau nuevamente en un primer plano. Estaríamos tentados a señalar que se está discutiendo un nuevo “contrato social”. ¿Existe una manera más sencilla y precisa de caracterizar estos acontecimientos? Podemos expulsar con relativo éxito los conceptos contractualistas de una estricta teoría sociológica, pero no vamos a evitar que ellos sigan impregnando nuestra manera de entender el orden político. La filosofía parece seguir reclamando la última palabra.

Con Hayek damos una vuelta de tuerca: el mundo social no se limita al concepto de individuo, y sin embargo para todos los efectos prácticos debemos proceder como si así ocurriera. La construcción institucional obedece a un proceso de selección natural del cual no somos plenamente conscientes ya que estamos condenados a coordinar conocimientos parciales navegando en un mar de ignorancia. El análisis que realiza Rochabrún de este autor es excelente. El comentarista hubiera querido que se enfatizara en dos aspectos de la propuesta de Hayek: el mercado y las relaciones entre liberalismo y democracia.

El mercado es el auxilio del que dispone esta teoría para controlar los efectos del desconocimiento individual sobre el orden social, resolviendo la aparente irracionalidad de las premisas a la que se hizo alusión. Como hace notar Hayek en *Individualism and Economic Order*, el mercado otorga una señal inequívoca en torno a las expectativas previsibles sobre el ejercicio de nuestras habilidades y recursos. En segundo lugar nos indica que las remuneraciones obtenidas dependen de los resultados objetivos alcanzados y no de nuestros méritos subjetivos. La sociedad puede ser estable en la medida que existan criterios de contención de nuestra revuelta y para ello debemos eliminar el sentimiento personal de injusticia contra las decisiones impersonales del mercado. La preservación de un orden social así como la vigencia de la libertad resultan incompatibles con nuestros criterios de justicia distributiva. En estos términos ni siquiera delegamos o confiamos en otros: lo que ocurre debe ocurrir y es mejor que así sea.

Años después Hayek traslada este razonamiento al campo político. El liberalismo es incompatible con la democracia en la medida que la segunda conlleva la voluntad ilimitada de las mayorías. El escepticismo se extiende a las intervenciones inconscientes de la autoridad, ya que ella difícilmente aceptará una autolimitación sustantiva para atender al objetivo de la estabilidad social.

Durkheim, Parsons, Hobbes, Hayek, algunas omisiones en el comentario; hasta aquí se ha llegado. Recordemos nuestra alusión al individuo social de Rochabrún. Por mi parte, entiendo que la Sociología es un ejercicio inconformista porque cuestiona incesantemente los límites de las opciones de los individuos y el alcance de los mecanismos coercitivos de la sociedad. Se ocupa de las relaciones sociales en toda su plasticidad y en todo su determinismo. Precisamente un concepto fuerte de relación social es la carencia principal de la mayoría de corrientes que considera Rochabrún.

#### PARA DISOLVER EL PESIMISMO

Señalar autores que quien ha escrito un libro de teoría no ha citado o desarrollado, es generalmente una demostración de superficialidad o diletantismo por parte del comentarista, o expresión de una actitud intolerante para comprender el razonamiento de su interlocutor; espero salvarme de esta crítica apelando a la condescendencia de Rochabrún.

Hecha esta atingencia, llama la atención que en un libro que se ocupa de los vínculos entre individuo y sociedad sólo se haga sobre Weber una referencia ocasional, que Marx no surja con la misma fuerza en las conclusiones que en los capítulos dedicados a su pensamiento, que a Mead y a Schütz no se les tome en cuenta.

Rochabrún refiere que la influencia de la epistemología neokantiana otorga en Weber relevancia a una sociología significativa que culmina en la categoría más compleja de relación social. Podría haber ido un poco más lejos; la metodología empleada por este autor recurre a la explicación causal y a la comprensión de sentido individualizada. Los actores intervienen tomando en cuenta la conducta de otros, introduciendo un elemento de calculabilidad y creando un campo de referencias recíprocas. No se privilegia ni al individuo autonomizado ni a un campo predefinido de lo social. Las relaciones de dominación aluden a la probabilidad que tienen unos actores de ordenar la conducta de otros, cuando los segundos lo interiorizan como reglas de su propio comportamiento. La dinámica entre la coexistencia de valores y el reconocimiento de las diferencias sociales permite entender temas como la emergencia de liderazgos carismáticos, las democracias plebiscitarias, la presencia absorbente de la burocracia, la dominación en la vida social de poderes especializados y, en las actuales sociedades contemporáneas avanzadas, la existencia de una nueva clase de expertos y la aspiración a la administración

total. El aporte de Weber puede liberarnos de los equívocos de observar únicamente las imposiciones de la sociedad o la subjetividad desarraigada.

En la interpretación de Rochabrún sobre Marx, una de las consecuencias de que éste realice una “historia razonada” del capitalismo es que este sistema niega los nexos entre individuo y sociedad. Marx señala que “para vincular estas cosas entre sí como mercancías, los custodios de las mismas deben relacionarse mutuamente como personas cuya voluntad reside en dichos objetos”. No es entonces, interpreta Rochabrún, “la ideología de Marx la que lo mueve a afirmar, por ejemplo, la indiferencia recíproca entre las personas: esto último es una condición que la sociedad capitalista instala en las relaciones interpersonales” (pág. 62).

Y cuando el autor establece la vinculación en *El Capital* entre personas, procesos históricos, determinaciones y personificaciones, el estatuto de la lucha de clases se explica por el objetivo de los trabajadores de no ser considerados como mercancía, lo que lleva consigo exigencias de asociarse libremente, el acceso a la educación, el poder elegir y ser elegidos. La explotación se sustenta en la enajenación de los vínculos personales como espacio comunicativo; la ciudadanía, por lo contrario, es una construcción deliberada de ámbitos de deliberación y participativos.

Puesto el debate en estos términos, la relación entre individuo y sociedad no es un problema teórico —o no es solamente esto— sino el resultado de una realidad históricamente determinada que puede cambiar cualitativamente y que no se basa en un preconcepción de orden. La reflexión de Rochabrún rescata esta preocupación, generalmente poco advertida, del pensamiento de Marx.

Mead por su parte piensa que la experiencia del individuo depende de los puntos de vista generalizados de los otros, que no cabe invocarse a sí mismo sin aludir al involucramiento con el medio social al que se pertenece. Las instituciones operan de acuerdo a estas condiciones y no son meramente reglas y pautas que anticipan la acción normativamente orientada. Los individuos actúan adoptando los comportamientos de otros a sus propias actividades pero están en condiciones de reconocer los pasos dados con esa finalidad. Se encuentran por consiguiente en condiciones de saber que el lazo surge de la cooperación social y, por lo mismo, las disposiciones de conducta pueden ser estructuradas y reestructuradas permanentemente. En lugar de la imposición de un orden hipostasiado el desarrollo personal se une a la ca-

pacidad de entender la perspectiva universalista que surge del “otro generalizado”. La socialidad, para hablar en términos de Rochabrún, requiere una instancia de diálogo donde se va urdiendo la trama que vincula a unos individuos con otros.

En Schütz las estructuras subjetivas de significación sólo pueden entenderse a partir de situaciones intersubjetivas, donde lo decisivo radica en las relaciones sociales que establecen asociaciones de sentido y que se expresan a través del lenguaje y de las instituciones. Estamos inmersos en las estructuras del mundo de la vida creadoras de comunidades que trascienden las relaciones cara a cara y aluden a hábitos, giros de lenguaje, conocimientos que van marcando nuestra vida social. En este ámbito existe rutinización de roles y cristalización de actos, pero también variaciones que le dan riqueza a la vida social. El punto de partida, otra vez, es la interacción, y no la imposición de un orden asumido como natural e inevitable.

La dominación en Weber, la explotación en Marx, las relaciones sustentadas en las condiciones de la comunicación en Mead, las estructuras significativas del mundo de la vida en Schütz; por estos autores creo que se encuentran algunas pistas para escapar de las trampas que nos tiende la reificación del individuo y de la sociedad.

Un amigo, Guillermo Rochabrún, me colocó de sorpresa ante esta tarea de comentar sus “materiales para una sociología”. Salir al encuentro de la teoría bien fundamentada ayudó, en una buena medida, a salir del pesimismo con que encaro los procesos sociales que nos va a tocar vivir en los años venideros. Es una deuda con el autor y con el libro.